

poco, familiarizándose con el solitario, vinieron á acostarse al rededor de su cabaña, consiguiendo por este medio librarse de sus enemigos comunes.

Pero una de las mas importantes y mas dulces ocupaciones de Selkirk era dirigir sus oraciones y acciones de gracias á la Providencia, que velaba por él. En la desgracia el hombre siente todo el poder de la religion; cuando se encuentra abandonado de sus semejantes, Dios vela por él, y este pensamiento basta para hacerle soportar todo jénero de males. Selkirk cantaba salmos y buscaba en la Biblia los pasajes que consolaban mas sus penas. Y así por su industria y por su resignacion habia llegado á ser tan dichoso cual podia desearlo en su aislamiento: gozaba de la abundancia de los primeros bienes, y aguardaba con paciencia á que Dios cambiase su situacion.

Confiaba que algun navío se aprosimara á la costa de su soledad; esta esperanza estaba muchas veces á punto de ser realizada; pero las embarcaciones pasaban por delante de la isla sin reparar en el fuego de la orilla. No obstante, dos se aprosimaron para hacer agua. Incierto á qué nacion pertenecian, se acercó á ellas con desconfianza; algunos españoles que habian desembarcado ya, tan pronto como le aperebieron se echaron sobre él, persiguiéndole hasta el interior de los bosques, y viéndose perdido, trepó por un arbol: por mas que corrieron á su rededor y mataron gran numero de cabras á su vista, no pudieron dar con su paradero. En aquel tiempo la España estaba en guerra con la Inglaterra, y Selkirk, que conocia la desconfianza de los españoles, quiso mejor morir en su isla que caer en las manos de sus enemigos, porque no habrian dejado de matarle por temor de que diese noticias en la mar del Sur.

En fin, en 1709, dos navíos notaron el fuego que habia encendido, y se acercaron en la persuasion de que eran embarcaciones inglesas, lo cual era cierto. Estos dos navíos, destinados á hacer aprehensiones en la mar del Sur, estaban mandados por Woodes Roggers, y tenian por primer piloto al famoso viajero Guillaume Dampier. Selkirk, habiéndose asegurado que los marineros que se acercaban eran ingleses, corrió á su encuentro, y tuvo la dicha de hablar á dos hombres despues de cuatro años y algunos meses de soledad absoluta. Roggers le acogió con mucha humanidad, y por recomendacion de Dampier, que le habia conocido algunos años antes, le dió el empleo de contramaestre.

Roggers, á la vista de aquel acontecimiento hizo reflexiones que, aunque muy sencillas, eran del caso. "Podemos poner por ejemplo á Selkirk, ha dicho, para probar que la soledad y el retiro no es un estado tan triste como la mayor parte de los hombres se imaginan: una desgracia evita muchas veces otra mayor, puesto que el navío de su capitán se desgració en seguida, y toda la tripulacion pereció. Por otro lado, la destreza que ha tenido para suministrarse recursos, aunque muchas veces desprovisto de las luces del arte, nos prueba que la necesidad es la madre de la industria. Ademas, tan sóbrio como era, desde que recobró el uso de nue-

tras carnes y licores, perdió mucha fuerza y actividad; prueba convincente que el alimento mas sencillo y temperante conserva la salud y el vigor del alma; en lugar de que la variedad de nuestros manjares y bebidas, sobre todo, si es con exceso, desgasta ambas cosas, las mas preciosas del hombre."

Esta aventura de Alejandro Selkirk recuerda la historia tan interesante, y al mismo tiempo tan moral de Robinson Crusoe; en efecto, es la relacion de aquella aventura la que proporcionó á Daniel de Foe la idea de componer su Robinson; han supuesto que habia conocido á Selkirk, y que este le habia confiado sus papeles. Selkirk fué bastante menos industrioso que Robinson, y debemos acusarle por la abundancia en que se hallaba su isla; no necesitaba molestarse mucho para procurarse lo que necesitaba. Empero, es necesario admirarse que un marino, teniendo buenos troncos de árboles á la mano, no haya tratado de hacerse una piragua: con el fuego y herramientas de basalto bien cortadas, es fácil ahuecar el árbol mas duro. Juan Fernandez abunda en piedras de aquella naturaleza, porque esta isla pertenece toda ella á las formaciones volcánicas antiguas. Una piragua le hubiera hecho menos costoso y mas pronto el transporte de un punto á otro lejano.

Por falta de embarcacion, no pudo cazar á la *foca con trompa*, que muchas veces la vió en lo alto de los acantilados, refocilándose sobre la playa.

XXI.

EL CAPITAN COOK.

Santiago Cook nació en Octubre de 1728 cerca de Whythy, en el condado de York, siendo aún muy joven, le pusieron sus padres en casa de un mercader de un pueblo inmediato; pero como no habian consultado su vocacion, no tardó en abandonar el mostrador, y se ajustó por nueve años en un buque que hacia el comercio del carbon. Al empezar la guerra de 1755 entró al servicio del rey á bordo del Aguila, mandado entonces por el capitán Hammer, y despues por sir Hugh Paliser, que muy en breve descubrió su mérito y le colocó en el castillo de popa.

En 1758 era master del Northumberland, navío del lord Colville, que mandaba á la sazón la escuadra estacionada en la costa de América. Allí fué donde leyó á Euclides por primera vez, y se entregó al estudio de las matemáticas y de la astronomía sin mas auxilio que el de algunos libros y el de su propia intelijencia. Al mismo tiempo que cultivaba su talento de esta suerte y subsanaba las faltas de su primera educacion, tomaba parte en las escenas mas activas y penosas de la guerra de América: en el sitio de Quebec le encomendó á sir Carlos Sunders servicios de la mayor importancia, y el valor y destreza con que desempeñó sus diferentes comisiones le granjearon la amistad de sir Carlos Sunders y de lord Colville, que continuaron protejiéndole hasta su muerte, y le dieron siempre seña-

ladas muestras de afecto. Concluida la guerra, le enviaron á solicitud de lord Colville y de sir Hugh Palliser, á reconocer el golfo de San Lorenzo y las costas de Terranova; trabajo que le ocupó hasta 1767. En esta época sir Eduardo Hawke le nombró comandante de una expedicion en los mares del Sur con objeto de observar el paso de Vénus por encima del disco del sol y descubrir en seguida nuevas tierras.

Sus servicios desde aquella época fueron brillantes y célebres. Acaso no hay ciencia que mas haya dado á un solo hombre como la jeografia al capitán Cook. En su primer viaje al mar del Sur descubrió las islas de la Sociedad, menos la de Taiti, que lo fué por Wallis; probó que la Nueva Zelanda forma dos islas, y reconoció el estrecho que las separa; en seguida recorrió toda la costa oriental de la Nueva Holanda, desconocida hasta entonces, y añadió á las cartas de aquella parte del globo una estension de veinte y siete grados de latitud ó de mas de dos mil millas.

Su segundo viaje al rededor del mundo resolvió el gran problema del continente austral, porque atravesó el hemisferio Sur entre el 40 y 70 paralelo, demostrando que no puede haber allí continente, á menos que no se encuentre cerca del polo, y en parajes innacesibles á los buques. Descubrió la Nueva Caledonia, la mas estensa isla del Océano Pacífico, despues de Nueva Zelanda; descubrió tambien la isla de la Georgia y una costa nueva que llamó tierra de Sandwich. Despues de haber visitado dos veces los mares del trópico, fijó la posicion de las tierras observadas en otro tiempo por los navegantes, y halló muchas que eran desconocidas.

Su tercer viaje fué el mas notable de todos por la estension é importancia de sus descubrimientos. Además de muchas pequeñas islas que halló en el Océano Pacífico del Sur, descubrió al Norte de la línea equinoccial el grupo llamado islas Haonai, cuya posicion y productos prometen mas ventajas á la navegacion de los europeos que ninguna otra de las tierras del mar del Sur. Descubrió despues la parte de la costa occidental de América, hasta entonces desconocida, desde el 43° de latitud Norte, es decir, sobre una estension de mas de tres mil quinientas millas. Señaló la proximidad de los continentes de Asia y América; recorrió el estrecho que los separa, y marcó las tierras de cada lado á una grande altura, para demostrar que "el Gran Océano comunica por este estrecho con el mar Glacial del Norte, y que era probable que el Atlántico que debe ser considerado como el mas anchuroso canal para la salida de las aguas del mar Septentrional, estuviese en comunicacion por medio de este inmenso mediterráneo, bien fuese por el Este ó por el Oeste, con el Grande Océano. Esto es lo que en efecto está demostrado, por mas que los esfuerzos de los navegantes no les hayan permitido todavía atravesar el mar Glacial del Este al Oeste ó del Oeste al Este."

En este viaje fué donde el intrépido Cook halló una muerte funesta en la isla Hawai, una de las is-

las Sandwich. En Julio de 1776 se dió á la vela mandando las dos fragatas la *Resolucion* y el *Descubrimiento*, con el objeto de recorrer la costa Oeste de la América Septentrional, despues de haber hecho escala en Taiti y en las islas de la Sociedad. El 12 de Agosto de 1777 vieron los ingleses á sus buenos amigos los taitianos, quienes los recibieron con la mayor cordialidad. El 17 de Enero de 1779 ancló el capitán Cook en la bahía, situada en la costa occidental de la isla Hawai, cuyos habitantes se mostraron al principio pacíficos y complacientes con los europeos; pero no pasaron muchos dias sin que aquella benevolencia se trocara en hostilidad abierta.

En la tarde del 13 empezó la lucha á consecuencia de un robo que los isleños hicieron á bordo del *Descubrimiento*, cuya tripulacion apenas se aperebió de aquel desaguisado, rompió un fuego de mosquetería contra la piragua de los culpables. Estos lograron ganar la orilla, pero perdieron la piragua de la cual se apoderaron los europeos. Al dia siguiente, aumentada la animosidad de los isleños contra los europeos, á causa de haber muerto en una refriega uno de sus jefes que reclamó como suya la piragua apresada, vinieron encarnizadamente á las manos con los europeos, resultando gran número de muertos y heridos de una y otra parte. Entre los primeros se contaba uno de los jefes principales de la isla, ¡funesto acontecimiento que llevó á su colmo la fermentacion jeneral de los ánimos, y que hubo de costar la vida al capitán Cook! Apenas cundió entre los isleños la noticia de la muerte de su jefe, despidieron á sus mujeres é hijos, se cubrieron con sus esteras de combate, y se armaron de picas y de piedras. Uno de ellos que tenia una honda y una lanza se aprosimó al capitán y púsose á desafiarle, blandiendo su arma y amenazándole con tirarle una piedra. Cook le aconsejó que desistiera de sus amenazas, pero como viese crecer la insolencia de su enemigo, se indignó tanto, que le disparó un tiro; pero como no le acertase, se envaíentó mas el isleño, y ayudado de sus compatriotas descargó una lluvia de piedras contra los europeos. Entonces el capitán Cook disparó otro tiro y mató al isleño que estaba mas próximo. Inmediatamente despues de esta muerte, las jentes del país formaron un ataque jeneral con sus hondas; los soldados de marina y los marineros que ocupaban las canoas les contestaron con una descarga de mosquería. Admirable fué la firmeza con que los isleños sostuvieron el fuego; precipitáronse sobre sus enemigos, dando gritos y ahullidos terribles, antes que los soldados de marina tuvieran tiempo de meterse en las lanchas. Vióse entonces una escena de horror y confusion.

Cuatro soldados de marina fueron cojidos en el momento de retirarse é inmolados al furor del enemigo; los que mejor suerte tuvieron salieron gravemente heridos de la refriega. El capitán Cook quiso poner término á la efusion de sangre, pero al volverse para mandar á los de las canoas que cesaran de tirar, recibió un lanzazo en la espalda y cayó boca abajo en el mar. Los isleños prorumpie-

ron en gritos de alegría cuando le vieron caer; arastraron su cuerpo sobre la playa, y quitándose unos á otros el puñal, se hartaron de darle golpes, aún cuando ya no respiraba, cebando en el cadáver su ferocidad de tigres.

El capitán Cook era de constitución robusta; duro para el trabajo y capaz de soportar las mayores fatigas. Su estómago dijera sin dilación los alimentos más groseros, y arrostraba con tal indiferencia las privaciones, que no parecía virtud en él la temperancia. Su alma tenía el temple vigoroso de su cuerpo; sus ideas anunciaban la fuerza al mismo tiempo que la penetración; discurría con prontitud y acertó en cuanto tenía relación con el servicio de que estaba encargado; sus planes eran siempre atrevidos y rápida su ejecución. Una serenidad admirable en los peligros acompañaba siempre á su valor intrépido; sus costumbres eran sencillas y franco su carácter; predispuesto á los arranques de la cólera, acaso hubiera merecido censura, si un fondo estremado de humanidad y de justicia, no hubiese templado el ardor de sus primeros movimientos de vivacidad.

La perseverancia continúa é infatigable con que llevaba á cabo sus ideas y sus planes, era uno de sus rasgos más característicos; ni los peligros, ni las molestias podían contenerle, y jamás necesitó de esos momentos de distracción y reposo necesarios á los demás hombres. En sus largos é incómodos viajes jamás se entibieron un momento su ardor y su actividad; jamás fijaron su atención los placeres, porque cuando concebía un proyecto, empleaba exclusivamente en él todos sus sentidos.

XXII.

BORNEO.—CAZA DEL MONO NASICO EN LA COSTA ESTE DE BORNEO (1).

El 2 de Septiembre de 1839, estando en el fondo sobre la costa Este de Borneo, en el estrecho de Macasar, Dumont D'Urville, hizo desembarcar á Mr. Dumoulin, ingeniero hidrógrafo. Preparó una gran canoa de guerra, proveyéndose de víveres para tres días, cuya orden transmitió también á la Zeles, y las dos embarcaciones, á las órdenes de los señores Gourdin y Montravel, remaron luego hacia la costa. El objeto de este pequeño armamento, era el reconocimiento geográfico de una multitud de islas que parecían abrazar la extensa embocadura de un río considerable. El comandante, figurándose que la historia natural presentaría de este modo la ocasión de recoger algunas riquezas importantes, me autorizó para que me uniese á los miembros de aquella expedición.

No distábamos de la tierra más próxima sino cuatro leguas; pero gran número de bancos cenagosos nos cercaron el camino, obligándonos á averiguaciones y rodeos que retardaron nuestra marcha infinito; las corrientes contribuyeron también mucho á aflojarla, y no pudimos alcanzar la menos apartada de aquellas islas hasta las cuatro de la tarde.

(1) Extracto del viaje al polo Sur y al Océano, tomo VIII, nota 1.ª, página 239. Mr. Hombron. Gide, editor.

Lo que llaman islas Pamarong, no es en gran parte sino una multitud de bancos de fango situados á una considerable altura. A lo lejos, su elevación hace creer en la existencia de tierras habitables, porque al primer golpe de vista es natural pensar que tan hermosas selvas pertenecen á islas de una rara fertilidad; estas selvas, en algunos puntos del terreno, están siempre inundadas de agua; en otros, al contrario, se descubren con la marea baja. Así, estos montes, están por lo tanto, inyectados en altos suelos, verdaderos terrenos de aluviones modernos, separados entre ellos por canales que no son sino ramificaciones de la corriente del gran río, á cuyo lodo deben su existencia estas islas. El río es el Kotty, que desemboca en la mar por un delta.

La marea se hallaba tan baja como posible era, cuando abordamos á una de aquellas deseadas tierras; desde la mañana nos ocupábamos del objeto de nuestra codicia y del motivo de nuestro desasosiego, pero distinguimos á los naturales que nos miraban al través de los árboles y algunas ráfagas de humo, por lo cual presajábamos estar rodeados de habitaciones. Algunos creyeron haber visto canguros; este á lo menos, hubiera sido un gran descubrimiento, porque en Borneo no se conocían animales de esta especie; pero pronto nos convencimos de que aquellos hombres ó canguros eran monos, y el humo vapores que se elevaban de aquellos pantanosos terrenos.

Desembarcamos, no sin la precaución de llevar nuestras armas de fuego, mas el fango que nos atacaba detuvo nuestra actividad; cada uno aspiraba á alcanzar pronto la orilla, para librarse cuanto antes de aquella penosa é insoportable situación. Llegamos por fin, pero ¡oh ilusiones! La isla no era sino un fango recién descubierto por la mar, el cual tenía más profundidad que esta, pues el remolino de las corrientes le deposita incesantemente, y nos hundíamos en él hasta los muslos. Se comprende bien que en semejante situación, ni el más intrépido de los cazadores, aún con su vehemente actividad, hubiera podido salir con felicidad. Una fatiga insuperable sucedió á nuestra primera carrera; muchos se hallaban á punto de desmayarse, tan estenuados estábamos de fuerzas. Viéndonos precisados á defender nuestro rostro, con las manos llenas de lodo, de los nasicos que nos acometieron por todos lados, aumentábamos el número de manchas más ó menos extravagantes, de que nuestra cara se hallaba cubierta.

Sin embargo, no tardamos mucho en reparar que sin necesidad de sufrir más incomodidades, podíamos apoderarnos de algunos de aquellos animales; pues hallábanse encima de nuestras cabezas y escondidos detrás de las ramas más gruesas. Hicimos fuego, y á pesar de la altura de los árboles y la agilidad de los nasicos, nos hicimos dueños de cuatro; dos grandes machos (1) de más de diez pulgadas y media de

(1) Ahora se hallan colocados en los armarios del Museo de Historia Natural de París. Su lámina se puede ver en el *Atlas zoológico del viaje al polo Sur y al Océano*.

altura, y dos hembras, la una preñada y la otra gravemente herida. Esta última fué pintada por nuestro compañero Lebreton; su aguada es la perfecta expresión de la naturaleza. Después de haberse uno hecho cargo del grado de razón y reflexión de aquellas infelices bestias, se viene en conocimiento de cuán interesante es poder sorprender á semejantes seres en su estado de naturaleza.

Estos animales pasan de un árbol á otro arrojándose de rama en rama; rara vez corren por el suelo de su acuática patria; no obstante, vi á uno saltar en tierra y dar brincos por la superficie del lodo con mucha ligereza y grande asombro mío. A la vista de sus pies, mi sorpresa disminuyó, al reparar que son de grande anchura, y que una palma bastante considerable ocupa el espacio interdijital.

El vientre de estos animales es muy abultado; se parece al de los herbívoros. Así, pues, el sustento de los nasicos se compone principalmente de hojas rizoforas (1), su descomunal estómago siempre está lleno. Sin embargo, no son golosos como todos los monos, de alguna materia animal. Se conoce el gusto de los cuadrumanos en general por las avecillas; sospecho que la especie que nos ocupa busca á los pececillos ú á otros habitantes de los fangos, sometidos al flujo y reflujo de la mar. Probablemente nuestra presencia en aquel lugar turbó con especialidad aquella segunda parte de su comida, cuya hora había llegado.

Creo que la nariz larga del nasico constituye en él el órgano del tacto.

Nos resta explicar cómo era que estos animales se hallaban en gran número en una isla de tan corta extensión. La isla del Milieu, (tal fué el nombre que dimos de lejos á aquel bosque), es demasiado reducida para permitir que á semejante nube de monos le pertenezca exclusivamente. A los primeros tiros se movieron de tal manera los árboles, que parecía que sus ramas se transformaban: estos nasicos se hallaban allí á centenares. Gran número de ellos, aprovechando nuestra quietud forzada, se alejaron rápidamente de rama en rama hacia la estremidad Nordeste del bosque; otros, sorprendidos en árboles demasiado aislados, y no atreviéndose por esta circunstancia á aventurar saltos peligrosos, se ocultaron tras de las más gruesas y más altas ramificaciones, no dejando ver sino sus cabezas; otros, en fin, perdidos, dudaron el partido que habían de tomar, y fueron muertos ó heridos en las ramas en que aturdidos se habían agarrado. Esta población es ciertamente una fracción de la del archipiélago entero de las islas de Pamarong, y no corresponde al pequeño terreno en que la habíamos encontrado. La isla del Milieu tiene al rededor de una legua del Sudeste al Noroeste, y su longitud es apenas de cien pasos. Estos animales atraviesan á nado, durante el reflujo, cierta parte de los canales que se-

(1) Las hojas de este árbol ofrecen un alimento delicado á los indígenas del archipiélago indio; comen también su fruto cocido con el vino de palma. El estómago del nasico es como el de los rumiantes. Véase el *Atlas zoológico del viaje al polo Sur, &c.*, y las cuentas presentadas de la Academia de Ciencias, sesión del lunes 25 de Julio de 1845. (Mr. Hombron).

paran las islas, yéndose donde la certeza de la presa les atrae. Por la organización exterior de estos monos, nada justificaria la idea de hacerles nadadores; por eso se parecen en un todo á los demás monos; son muy poco aptos á este género de ejercicios.

Los cocodrilos abundan en aquellas costas; no los encontramos en los bancos de fango, lo cual lo atribuímos á la hora avanzada de la marea baja, que fué también la de nuestro desembarco en aquellas islas inhumanas; en efecto, aquellos animales son nocturnos, cazan principalmente por la noche, y se están muchas veces tendidos en el fango durante el tiempo de su estupor digestivo, volviéndose á zambullir en el agua hacia el fin del día. Es lo que pude observar desde el río Santos, á sesenta leguas al Sur del Río-Jañero. Un bicho de estos, que hemos conservado mucho tiempo vivo á bordo del Astrolabio, pertenecía á dicha especie; ajitándose extraordinariamente por la noche, procuraba romper sus cadenas, y sus ojos siempre cerrados durante el día, relucían constantemente á la sombra de una asombrosa fosforescencia. Semejante encuentro en la isla del Milieu hubiera sido de los más pesados. Ninguno de nosotros pensó en él, pero los que nos sigan en la carrera se darán por advertidos. A fin de cazar cómodamente y con seguridad el nasico en las islas Pamarong, deberá proveerse de un barquillo chato para abordar sin tener precisión de arrojarle al agua; y de patines ó planchetas para andar por el fango sin hundirse, teniendo sumo cuidado de las barrancas.

Hallándonos sobre este terreno cenagoso, notamos un fenómeno bastante singular, que merece que hagamos mención de él, aunque muy fácil de comprender; nuestros gritos, que algunos eran fuertes, no se oían sino á distancia de diez ó quince pasos. Esta circunstancia hacia nuestras comunicaciones muy difíciles, é irritaba también la paciencia por no poder obrar con libertad.

Las detonaciones de nuestros fusiles parecían salir de lo alto de los árboles ó del medio de las ramas, lo cual dependía de la molición del suelo en el que nos hallamos entonces.

Borneo es una tierra destinada á llenar la profundidad de la mar de ruinas de su suelo y de sus producciones. En aquellas singulares selvas se han establecido animales muy particulares; algún día desaparecerán con estos armoniosos lugares: los naturales futuros encontrarán sus esqueletos fósiles, pero ayudados de los trabajos de los hombres instruidos de que la Europa se honra, y de los escritos de los viajeros, no tendrán que recurrir á las inundaciones para explicar la presencia de los esqueletos del nasico en medio de las margas de su patria.

XXIII.

NAUFRAGIO DE LA SRITA. DE BOURK EN LA COSTA DE ARGEL.

El conde de Bourk era un oficial irlandés que estuvo al servicio de España. Nombrado embajador

extraordinario de aquella corte en la de Suecia, su esposa que residía en Francia con su familia, resolvió pasar á reunirse con él en Madrid; pero la guerra, empeñada á la sazón entre franceses y españoles, la obligó á verificar este viaje por mar, embarcándose en Cette en una tartana genovesa que iba á darse á la vela para Barcelona. Componíase su comitiva de un hijo de ocho años, una hija de diez, del abate Bourk, hermano de su marido, cuatro camareras, un mayordomo y un criado. Llevaba consigo efectos preciosos, entre otros, una rica vajilla de plata, un retrato del rey de España, en un marco de oro macizo guarnecido de diamantes, tres cálices y algunos adornos de iglesia de mucho precio.

El buque genovés salió del puerto de Cette el 22 de Octubre de 1719. El 25 del mismo mes, al rayar el día, se presentó como á dos leguas de distancia del buque que estaba entonces á la vista de Palamós, un corsario de Argel de catorce cañones, cuyo capitán era un renegado holandés, el cual para apoderarse del barco genovés, destacó su lancha con veinte turcos armados. Al verificar estos el abordaje, dispararon siete ú ocho tiros sin herir á nadie, porque toda la tripulación se había echado boca abajo, ó se había ocultado. Los turcos subieron sobre la tartana genovesa, sable en mano; uno de ellos dió dos cuchilladas al criado de Mad. de Bourk, y pasaron á la cámara donde esta se hallaba. Después de haber puesto cuatro centinelas para custodiarla, dirijieron la tartana hácia el corsario.

Luego que llegaron á él, transbordaron la tripulación genovesa, á la cual cargaron inmediatamente de cadenas. El capitán pasó en seguida á la tartana y entró en la cámara de Madama de Bourk, á la cual preguntó quién era, de qué nacion, de dónde venia y á dónde iba. La infeliz señora contestó que era francesa y que pasaba á España. El argelino la esijió entonces el pasaporte, que ella le presentó aunque sin soltarlo de la mano, temerosa de que fuese á romperlo; pero como le hubiese dado la seguridad de que se le devolveria luego que le hubiese examinado, se lo entregó. Después de haberlo leído el capitán con su intérprete, se lo devolvió diciéndole que estaba en regla, y que nada tenia que temer por ella, por su familia ni por sus efectos. Mad. de Bourk le manifestó entonces el deseo de que la hiciera conducir en su lancha á las costas de España, de donde tan próximos se hallaban, servicio que sabia ella agradecer cuando se presentase la ocasion. El corsario contestó, que siendo renegado, no podia hacer lo que le pedia, porque le iba en ello la vida; que el dey de Argel creeria con razon que bajo pretexto de pasaporte de Francia, habia rescatado á una familia enemiga de su estado, y llevádola despues á tierra de cristianos, y que por lo tanto era absolutamente necesario que le siguiese hasta Argel, y que su pasaporte, así como su persona, fuesen presentados al dey, y que verificando esto, se le pondria á disposicion del cónsul de Francia, quien le haria trasladar á España por la via que ella y él juzgasen conveniente. Entre tanto dejaba á su eleccion pasar á su bordo ó quedarse en la tartana, donde estaria mas cómoda y tranquila

que en su buque, aconsejándole que tomase este último partido, á causa de los turcos que tripulaban su embarcacion. Madama de Bourk aceptó, como era consiguiente, la proposicion de quedarse en la tartana. El capitán dejó en ella solamente siete turcos y algunos moros, y la amarró á su buque para remolcarla, despues de haberle quitado la lancha, tres anclas y todas las provisiones, á escepcion de las de Madama de Bourk. Después de estas disposiciones, el corsario tomó la ruta de Argel. Madama de Bourk regaló al capitán su saboneta, y dió otra al comandante turco de la tartana, con cuatro luises de oro.

En los dias 26, 28 y 30, se declaró un viento tan furioso, que se rompió el cable del remolque, y la tartana se encontró separada del buque berberisco. El comandante y los otros turcos, que no sabian una palabra del arte de la navegacion, se entregaron á merced de los vientos y de las olas. Afortunadamente el 1.º de Noviembre fué arrojada la tartana á la costa de Berbería, en un golfo llamado Colo, al Levante de Gigeri, capital de la rejencia de Argel. Echaron ancla, y el comandante de la tartana que no conocia la tierra, envió dos moros á nado, para que averiguasen de los habitantes del pais donde lo habian arrojado los vientos. Los berberiscos de las inmediaciones que habian visto la tartana, se presentaron armados en gran número en la playa, para oponerse al desembarque, persuadidos de que era un buque cristiano que venia á sorprenderlos y robarles sus ganados, pero los moros de la tartana los desengañaron diciéndoles, que era una presa hecha á los cristianos, que consistia en una princesa de Francia que conducian á Argel. Uno de los dos moros se quedó en tierra, y el otro se volvió á dar cuenta de su cometido al capitán del barco, participándole el sitio adonde habian arribado. Impaciente el capitán con este aviso de dirijirse á Argel, y reunirse con su corsario, no tuvo paciencia para levar el ancla, cortó el cable, y se dió á la vela sin ancla, sin lancha y sin brújula.

No se hallaba todavía á media legua del golfo, cuando pagó cara su imprudencia: levantóse un viento contrario, y lo lanzó sobre la costa: quiso servirse de sus remos de galera y sus palos de virar, pero nada consiguió á causa del escaso número de su tripulacion, y no obstante sus grandes esfuerzos, la tartana fué á dar contra una roca y se hizo pedazos. Toda la popa fué al punto sumerjida, y Mad. de Bourk que estaba haciendo oracion en la cámara con sus hijos y sus doncellas, se ahogó con ellos. Los que se encontraron por el lado de la proa, entre otros el capellan de Bourk, el señor Arturo, irlandés, el mayordomo, una de las camareras y el criado, se agarraron á los fragmentos que estaban cerca de la roca.

Habiendo visto el señor Arturo en la mar á una persona que luchaba contra las olas, se dirijió á ella: esta víctima era la señorita de Bourk; la sacó y la puso en las manos del mayordomo, encargándole que tuviese cuidado de ella, y añadiendo que siendo él el único que sabia nadar, trataba de ir á salvar á madama de Bourk. Pero esta jenerosa confian-

za fué causa de su pérdida, pues no volvió á aparecer mas. El abate de Bourk fué el primero que saltó de los restos de la tartana á la roca donde se habia estrellado; sostívose allí algun tiempo contra la violencia de las olas con el auxilio de un cuchillo que clavó en una hendidura del peñasco. Muchas veces le cubrió el mar, y aún le arrojó á otro peñasco, que aunque se elevaba sobre el agua; estaba separado de la playa por un pequeño brazo de mar.

Para saltar á la orilla quiso agarrarse á una tabla que halló á mano; pero se le deslizó, y solo despues de muchos esfuerzos, pudo con el auxilio de un remo llegar á una peña contigua á la tierra firme.

Los berberiscos que habian corrido á la playa, se apoderaron de él, le despojaron enteramente y le maltrataron. Arrojárónse en seguida al agua, creyendo recoger un rico botín en los restos de la tartana: el criado de la señorita de Bourk, hizo seña á dos berberiscos que se aproximasen, y cuando estuvieron cerca, se la arrojó con todas sus fuerzas. Cojiéndola los berberiscos, el uno por la mano y el otro por el pié, la condujeron á la playa, donde le quitaron solamente un zapato y una media, en señal de su servidumbre. La señorita de Bourk, viendo venir á los kabilas, dijo á su criado: "No temo que esas jentes me maten, pero sí que me obliguen á cambiar de relijion; sin embargo, sufriré la muerte antes que faltar á lo que he prometido á Dios."

Una doncella de madama de Bourk, y otro de sus criados se arrojaron al mar cada uno por su lado. Los berberiscos acudieron á su socorro y les ayudaron á llegar á tierra; pero apenas pusieron el pié en ella, fueron despojados. El mayordomo, que fué el último que se echó al agua, y que sirviéndose de una cuerda, iba pasando de peñasco en peñasco, fué alcanzado por un berberisco que tambien le despojó antes de ponerlo en la orilla.

En este triste y lamentable estado, fueron conducidos hasta las cabañas de la primera montaña, donde los berberiscos se repartieron á los náufragos como botín de guerra: la camarera y el criado fueron entregados á un berberisco del aduar; y el abate, el mayordomo y la señorita de Bourk tocaron á otro kabila.

Al cabo de algunos dias, el dey de Constantina, ciudad de la rejencia de Argel, y capital de la provincia de Levante, escribió á los berberiscos reclamando á los náufragos, amenazándoles que si no accedian, se pondria él mismo á la cabeza de sus tropas para arrancarlos de su poder. Los berberiscos contestaron que no temian ni á él ni á sus tropas, aún cuando viniesen juntas con las de Argel. Conviene advertir que los berberiscos no reconocian el gobierno de Argel, pues aunque enclavados en el reino, y naturalmente del número de sus súbditos, vivian independientes bajo el nombre de kabilas. Las montañas de Couco les servian de murallas inaccesibles á todas las fuerzas de Argel.

En la primera ocasion que se le presentó escribió la señorita de Bourk al cónsul de Francia en Argel, quien inmediatamente participó la noticia á Mr. Dusault. Este mandó aparejar una tartana francesa que estaba en el puerto, hizo comprar vestidos

y provisiones, y consiguió del dey una carta de recomendacion para el gran morabito de Bujía, que ejerce mucha autoridad sobre aquellos pueblos. Tambien escribió á la señorita de Bourk y la envió algunos regalos. En la tarde de aquel mismo dia, 24 de Noviembre, la tartana se dió á la vela y en poco tiempo llegó á Bujía.

Allí Ibrahim-Agá, intérprete de la nacion, presentó las cartas del dey de Argel y las de Mr. Dusault al gran morabito. Este, aunque enfermo, se levantó al punto, montó á caballo con el morabito de Gigeri, el intérprete, seis ó siete moros, y tomó el camino de las montañas que están á cinco ó seis jornadas de Bujía. Los berberiscos que guardaban á los cautivos opusieron al principio grande resistencia para entregarlos; pero mediante el rescate de novecientas piastras, accedieron, si bien declarando que su condescendencia procedia mas bien de la veneracion que profesaban á sus morabitos que de temor que tuviesen al dey de Arjel.

El morabito y los esclavos tomaron el camino de Bujía, á donde llegaron el 9 de Diciembre. El dia 10 se embarcaron por la tarde en la tartana, que llegó á Arjel el 13 al rayar el dia. Desde el momento en que fué descubierta, el capitán de un buque de Mr. Dusault mandó disparar un cañonazo á que contestó la tartana con cuatro de sus pedreros: esta señal anunció una llegada que se esperaba con impaciencia é inquietud.

Despues de algunos dias concedidos al descanso de los náufragos, se libraron al diputado del gran morabito, las novecientas piastras en que se habia convenido el rescate de la señorita de Bourk y de las personas de su comitiva. Mr. Dusault agregó algunos regalos para el morabito y demás hombres del pais que le habian ayudado en su negociacion.

El 5 de Enero de 1720 fué cuando la señorita de Bourk, acompañada de su tío el abate de Bourk, y de su camarera, se embarcó para Marsella, á donde llegó felizmente el 20 de Marzo del mismo año.

XXIV.

AVENTURA DE MADAMA GODIN DE ODOIS.

En 1735 comisionó el rey de Francia á los académicos Godin de Odonis, Boujer y la Condamine para la medicion de los grados próximos al Ecuador en la América Meridional. En 1749 hallábase Mr. Godin en Quito, provincia del Perú, cuando tuvo que decidirse á partir para Francia, donde reclamaban su presencia asuntos importantes de familia. En 1750 llegó á Cayena, pero llegó sólo, pues estando su esposa en cinta á la sazón de su partida de Quito, no juzgó prudente esponerla á tan prolongado y penoso viaje sin todos los recursos indispensables á su situacion, recursos á que por entonces no podia proveer. En Cayena solicitó pasaporte y recomendacion de la corte de Portugal para subir el Amazona, y regresar con su familia trasladándola por el mismo camino; pero sus instancias

fueron inútiles por espacio de mucho tiempo. Por fin, en 1765, al cabo de quince años, llegó á Cayena una galera armada en Para, de órden del rey de Portugal, destinada á conducirlo á Para, de allí montar el río hasta el primer establecimiento español, y esperar en él su regreso para conducirlo á Cayena en compañía de su familia, todo por cuenta de S. M. Fidelísima.

Godin de Odonois se ausentó de Cayena, en los últimos días de Noviembre de aquel año para dirigirse por su equipaje á Oyapak, punto situado sobre el río del mismo nombre, treinta leguas al Sur de la ciudad de Cayena, donde había fijado su residencia; pero habiendo caído enfermo y conociendo que su enfermedad se prolongaba demasiado, se vió en el caso de participar al oficial que mandaba la galera podía emprender su marcha siempre que le permitiera comisionar persona encargada de poner algunas cartas en manos de su familia, y de acompañarla. La persona que escogió, correspondió tan mal á su confianza, que por su causa no pudo partir la esposa de Odonois de Riobamba, lugar de su residencia, hasta el 1.º de Octubre de 1769. La galera esperaba en Tavatinga; pero desde este momento nos serviremos de una carta de Odonois á Condamine para enterar á los doctores de la relación curiosa é interesante de las desgracias que sufría su esposa. "Mr. de Grand-Maison, padre de mi mujer, dice Mr. de Odonois, la había precedido un mes antes, y había llegado á Canelos, donde debía embarcarse en río Bobonasa, que se une al de Partasa para desembocar en el Amazona. Mr. de Grand-Maison se embarcó para continuar su camino y disponer cuanto su hija pudiera necesitar en la travesía. Como descendía acerca de su seguridad, pues había dispuesto la acompañaran sus dos hermanos, un médico, un negro y tres criadas mulatas ó indias, continuó su camino hasta las misiones portuguesas. En este intervalo, una epidemia de viruelas había puesto en dispersión á todos los habitantes de Canelos; los que se habían librado de la enfermedad, se retiraron á lo interior de los bosques.

"Mi mujer se había puesto en camino acompañada de treinta indios que la escoltaban y trasladaban su equipaje: estos indios, pagados anticipadamente según la mala costumbre del país, se retiraron al avistar á Canelos, por temor á la peste, ó tal vez por temor también á que les obligaran á embarcarse, á ellos que no habían visto si acaso mas que alguna canoa de lejos. ¿Cómo retroceder ante el deseo de llegar á aquel buque dispuesto por órden de dos soberanos á recibirla y trasladarla en brazos de un esposo ausente veinte años? Estas consideraciones eran demasiado poderosas para no decidir á cualquiera á romper por todos los obstáculos.

"No quedaban en la población mas que dos indios que se habían librado del contagio, y para eso no poseían canoa alguna; sin embargo, ofrecieron construir una y conducir á madama Odonois hasta la misión de Andoas, doce jornadas río Bobonasa abajo, distancia que puede apreciarse en ciento cuarenta á ciento cincuenta leguas. Se les satisfizo anticipadamente el premio de su trabajo, y partieron todos

de Canelos; pero despues de navegar dos días, y durante el descanso de la segunda noche desaparecieron los indios, dejándolos sin otro arbitrio que continuar la navegación sin guía. El primer día se pasó sin accidente particular; al segundo divisaron una canoa amarrada á un recodo que formaba el río, prócsimo al que había una cabaña de salvajes. De ella salió un indio, que aunque en estado convalescente, consintió en acompañarlos haciendo de timonero; pero al tercer día, habiendo caído al agua el sombrero del médico, se empeñó en cojerlo, cayó al agua también y se ahogó. La canoa dirigida por personas que no tenían la mas leve nocion de su maniobra, no podía caminar largo tiempo; comenzó á hacer agua, y fué menester saltar á tierra y construirse una habitacion.

"A pesar de todo, los viajeros distaban solamente cinco ó seis jornadas de Andoas, y en esta persuasión se ofreció el médico á ir en busca de auxilios, lo que verificó en compañía de otro francés que dependía de él, y del fiel negro de madama Odonois, que puso á sus órdenes. Al ponerse en camino prometieron su regreso para despues de quince días; pero en vano aguardaron hasta veinte y cinco. No siendo dable continuar mas tiempo en aquella situación, construyeron una balsa, en la que se embarcaron con sus equipajes; pero esta balsa, tan mal conducida como la canoa, chocó contra un tronco sumergido y volcó. Todos cayeron al agua, pero gracias á la poca anchura del río se salvaron todos. A madama Odonois la salvaron sus hermanos, sin embargo de haberse sumergido por dos veces.

"Los viajeros, reducidos á una situación mas triste aún que la primera, decidieron seguir á pié la orilla del río. ¡Loca empresa! Bien sabeis, amigo mio, que aquellas orillas están obstruidas de yerbas, de malezas y arbustos, entre los que no se puede dar un paso sino con la hoz en la mano, y perdiendo mucho tiempo. Regresaron á su anterior estacion, se proveyeron de los víveres que habían dejado, y se pusieron en camino. Conociendo que las sinuosidades de la orilla del río prolongaban demasiado su camino, se internaron en los bosques por evitarlas, lo que les ocasionó estraviarse á los pocos días. Fatigados de marchar por entre la espesura de arboledas, penosa hasta para aquellos que están acostumbrados; heridos en los piés á causa de las espinas y guijarros, sin víveres, abrumados de sed, sin mas recursos que algunos frutos silvestres y poseidos de desaliento, comenzaron á desmayar, á carecer de fuerzas y á sucumbir, dejándose caer al suelo para no levantarse mas. En el espacio de tres ó cuatro días espiraron, unos despues de otros, todos los que rodeaban á madama Odonois.

"Al lado de sus hermanos y de los otros cadáveres, permaneció tendida madama Odonois, en un estado de aturdimiento, de delirio y enajenación que no la dejaba libre otro sentimiento que el tormento de la sed. Por último, la Providencia, que sin duda había resuelto conservarla, la infundió ánimo y fuerza para arrastrarse en busca de algun recurso; hallábase descalza y casi desnuda; un mal jubon y una camisa en harapos, cubrían sus miembros. Des-

calzó á sus hermanos, y ató las suelas á sus piés.

"Despues me ha asegurado ella misma que permaneció diez días en los bosques, de los cuales pasó dos al lado de los cadáveres de sus hermanos esperando su último momento, y los ocho restantes en arrastrarse errante de un lado á otro. El recuerdo del prolongado y horrible espectáculo de que había sido testigo, el horror de la soledad y de la noche en un desierto, el espectáculo de la muerte patente ante sus ojos, terror que se redoblaba á cada instante, la impresionaron de tal modo, que hizo encanecer sus cabellos. El segundo día de marcha, que debió ser poco considerable, halló agua, y los siguientes algunos frutos salvajes y huevos de perdiz. Apenas podía su garganta atravesar cosa alguna, tanto se había contraído su esófago á causa de la privación de alimento. Los que la casualidad le había depurado bastaron para sostenerla, aunque ya sin duda era tiempo de que pareciese el socorro que le estaba reservado.

"Si leyérais en una novela que una mujer delicada, acostumbrada á gozar de todas las comodidades de la vida, se viese precipitada en un río y que estraida casi ahogada se interna en un bosque donde vaga sin rumbo fijo y camina muchas semanas; que se estravía, padece hambre y sed hasta aniquilarse; que ve espirar sus dos hermanos mas robustos que ella, un sobrino apenas fuera de la edad de la infancia, tres mujeres criadas suyas, un jóven criado del médico que fué en busca de socorros, y que sobrevive á esta catástrofe; que permanece dos días y dos noches al lado de estos cadáveres, en cantones donde abundan los tigres y muchas serpientes dañinas; que se incorpora y camina medio desnuda por espacio de ocho días hasta que llega á orilla del Bobonasa; acusaríais al autor de la novela de llevar su falta de exactitud hasta la extravagancia. Y sin embargo, todo esto aconteció á madama Odonois, y los hechos están acreditados en cartas orijinales de muchos misioneros de Amazona que han tenido conocimiento de este suceso; y estas cartas han estado en mis manos.

"Al octavo ó noveno día fué cuando madama Odonois llegó á orilla del Bobonasa, á tiempo que comenzaban á disiparse las tinieblas de la noche; sintió ruido á cosa de doscientos pasos de sí, y el primer movimiento de terror la impulsó á ocultarse en la espesura; pero reflexionando que nada podía agravar su desgracia y que nada peor tenia que temer, se aproximó á la orilla, desde la que divisó á dos indios que se alejaban en su piragua.

"Los indios vieron á madama Odonois, y se encaminaron hácia ella; suplicóles la condujeran hasta Andoas. Aquellos indios, retirados hácia algun tiempo de Canelos, con sus mujeres, á causa del contagio de las viruelas, venian de una tala que habían emprendido algo lejos de allí, y bajaban á Andoas. Acogieron á mi esposa con interés, la cuidaron y condujeron á aquella población; pero en ella las pocas atenciones de un misionero la determinaron á exigir al punto una canoa con dotación de jentes, que la pusiera en disposición de partir para Laguna al día siguiente.

"En Laguna fué acogida por el doctor Romero, nuevo jefe de misioneros, con toda la afabilidad posible; por espacio de seis semanas que permaneció á su lado, nada omitió de cuanto pudiera contribuir á restablecer su alterada salud y á distraer su ánimo del recuerdo de sus desgracias. Sus atenciones llegaron al extremo de tripular una canoa en que pudiera trasladarse á bordo de la embarcación portuguesa, que como es sabido, la esperaba hácia mucho tiempo. El comandante portugués, que tuvo anticipado aviso de la llegada de mi mujer, mandó á esperarla una piragua surtida de todo jénero de provisiones. Esta pequeña embarcación encontró á madama Odonois en la casa española de Loreto. Mi esposa me ha referido despues mil veces, que desde este momento hasta Oyapak, donde se me reunió, es decir, durante una travesía de mil leguas, disfrutó de las mas exquisitas atenciones y comodidades.

"En tanto que madama Odonois vagaba por los bosques, navegaba su fiel negro por el río en su busca, acompañado de algunos indios de Andoas. Llegado al sitio en que la había dejado, siguió sus huellas hasta dar con los cadáveres de sus señoritos, infectos ya y completamente desfigurados. Cuando los hubo examinado, se persuadió de que ninguno se había salvado, y regresó á Andoas. En cuanto al médico, así que se vió en Andoas á cubierto del peligro, olvidó el que corrían sus compañeros de viaje y partió para Omagras, sin hacer nada por cumplir el sagrado deber que se había impuesto."

XXV.

ISLAS VITI.—MUERTE DEL CAPITAN BUREAU.—DESTRUCCION DEL PUEBLO DE PIVA.

En Septiembre de 1836, durante la escala que Mr. Dumont d'Urville hizo en Taiti para pedir esplicaciones á la reina Pomaré de los malos tratamientos ejercidos contra dos misioneros franceses, encontró allí al comandante Dupetit Thouars, que había ido á aquella isla por el mismo motivo. Por este oficial supo las tristes circunstancias de la muerte del capitán Bureau, y como Mr. d'Urville tenia que explorar las islas Viti, quiso encargarse de la ejecucion de las instrucciones que la fragata Venus había recibido para aquel objeto.

El 14 de Octubre pasó la expedición á pocas millas de la isla Boulang-Ha, costeano las de Marambo, Kambara, Vanyara, Namouka, Mozé, Komo, Holoroua y Ehioua, que ya había reconocido Mr. d'Urville en su primer viage á bordo del Astrolabio. A la caída de la tarde llegó á la isla de Lagumba, la mas importante por su estension y población de todas las que forman la parte Sudeste del archipiélago Viti, para donde llevaba cartas de recomendación, á fin de que se le proporcionara un hombre del país que pudiera guiarlo por aquel archipiélago peligroso. Mr. d'Urville satisfizo su deseo mas cumplidamente de lo que esperaba, puesto que se ofreció á